

cabo, D. Francisco Padilla, disparar algunos mosquetes, con lo que los isleños se volvieron con sus embarcaciones. El día siguiente vino una embarcación y no consintió el cabo se acercasen, y uno de ellos se echó al agua y nadando trajo seis cocos y subió hasta la jarcia. Le regalé con cosas de comer y le di un plato grande algo quebrado, y como no se entendía la lengua, se echó al agua y se fué nadando con tanta destreza que no se le mojó el azúcar y bizcocho que llevaba en el plato, y se metió en su embarcación, desde donde hicieron señas que los siguiésemos.

Nos entró un nordeste favorable para volver a la isla de San Andrés, para sacar a los Paderes y la gente de la lancha. Habiendo llegado a dicha isla, estuvimos barloventeando y no vino embarcación alguna a bordo, ni la lancha que aguardábamos. Viendo que por falta de lancha no podíamos ir a tierra ni dar fondo, pidió la gente de mar volver a Manila a dar parte al señor Gobernador, para que Su Señoría, con su paternal cuidado, dé providencia para esta empresa de tanta gloria de Dios y bien de las almas. Y habiéndonos puesto en camino para el Cabo del Espíritu Santo con nordeste, las corrientes y el viento no dieron lugar a subir a más altura, sino hasta esta visita de Lianga, que está dos días de camino de la cabecera de Caraga [Mindanao], donde esperamos el viento favorable para poder seguir nuestro viaje para Manila, y mientras se está haciendo una lancha grande de nueve codos de quilla, por si acaso el viento nos hiciere arribar a algunas islas de Palaos, para que se puedan embarcar 40 hombres armados con tres pedreros. Los Padres, cuando saltaron en tierra, sólo iban a plantar la cruz y el estandarte del Rey y volverse inmediatamente, y así, no llevaron más que su breviario, sobrepelliz y estola, dos cruces y un cuadro de la Virgen y algunas cosillas para regalar al principal y un poco de comida. El piloto mallorquin llevó su ballestilla y demás instrumentos para observar. De esta ensenada de Lianga, 18 de Enero de 1711. Muy siervo de V. R., Esteban Baudin.»

Tal fué el éxito poco halagüeño de la expedición dispuesta en 1710. Los dos PP. Duberón y Cortil quedaron en la isla de San Andrés, y durante muchos años nadie supo lo que había sido de ellos. Al cabo, por algunos indios carolinos que llegaron a Marianas, vino a saberse que los dos Padres habían sido muertos inhumanamente a palos por los indios de aquella isla. Con

ellos perecieron también los pocos navegantes que les habían acompañado.

A todo esto el P. Serrano, que a duras penas había logrado salvarse del naufragio de su balandra en las costas de Palápac, se había encaminado de allí a Manila, y con ánimo invicto empezó a disponer nueva expedición a las Carolinas. La carta del H. Baudín que recibió le estimuló a dar prisa a este negocio. Era urgente socorrer a los dos misioneros que habían quedado solos en la isla de San Andrés. Aprontóse, pues, un buen patache, y el P. Serrano pudo reunir un número considerable de buenos marineros y soldados españoles. Embarcóse en él con el P. Ignacio Crespo y con el H. Baudín, que desde Lianga se había dirigido a Manila. Hiciéronse a la vela en Cavite el 15 de Octubre de 1711. A los tres días, cuando iban rasando la costa de Marinduque, se levantó de repente un recio temporal que volcó el patache y anegó a todos los navegantes. Ciento quince hombres iban en la embarcación, y sólo un español y dos indios pudieron llegar a nado a Marinduque, donde refirieron el trágico suceso del patache. Sensible fué por demás para la provincia de Filipinas la muerte de los tres jesuitas, sobre todo del P. Serrano, que era uno de los hombres más importantes de la provincia (1).

3. Este desgraciado suceso detuvo por algunos años el deseo de intentar nuevas expediciones a las Carolinas. Es verdad que en 1715 llegaron nuevos despachos de Felipe V, encargando al Gobernador de Filipinas la conquista espiritual y temporal de aquel Archipiélago; pero aunque los jesuitas se mostraron dispuestos a repetir sus tentativas, el Gobernador no quiso dar un paso en empresa tan arriesgada (2). Parecía, pues, ya olvidada para siempre la conquista espiritual de las Carolinas, cuando un incidente inesperado vino a encender nuevos deseos en los pechos de nuestros Padres. Por los años de 1721 trabajaba apostólicamente en la isla de Guán un joven misionero italiano que se

(1) *Philippinarum litterae annuae*, 1706-1713. De estas cartas, que abarcan un espacio de seis años, tomaron, sin duda, sus noticias Murillo Velarde y Delgado, que nos refieren conformes la muerte del P. Serrano en aquel triste naufragio.

(2) Archivo de Indias, 69-2-2. Es una petición del P. Provincial, Pedro de la Hera, al Gobernador de Filipinas, escrita el año 1728 (sin día ni mes). En esta petición se aducen algunos pormenores y se cita la real cédula de 1715 encargando esta empresa.

decía Juan Antonio Cantova. No sabemos si años atrás había concebido el proyecto de pasar a las Carolinas, cuando de repente se lo inspiró un suceso imprevisto, del que vamos a dar cuenta con sus mismas palabras. Escribiendo al P. Daubenton, confesor de Felipe V en 1722, le refiere este episodio interesante:

«El día 19 de Junio del año pasado 1721 se avistó una barca extranjera poco diferente de las marianas, pero tan alta, que viéndola bogar a velas llenas, un soldado español la tuvo por una fragata. Aportó la barca a un paraje desierto al Este de la isla de Guán, llamado Tarojoso. Había en ella 24 personas, 11 hombres, siete mujeres y seis niños. Desembarcaron algunos de ellos, y entrándose debajo de las palmas hicieron su provisión de cocos. Un indio mariano que no estaba lejos de la costa, habiéndolos visto, fué a dar aviso al P. Muscati, Viceprovincial, que se hallaba en el pueblo de Inarahán. Pusiéronse sin dilación en sus canoas el Padre, el Corregidor y algunos isleños, y fueron a socorrer a los pobres huéspedes, que ignoraban en qué país se hallaban ni qué nación lo habitaba. Llevaba el Corregidor su espada al lado. Asustáronse los isleños, creyendo que había llegado su última hora. Daban las mujeres lastimosos gritos, y con señas se procuraba sosegarlas, pero no fué posible calmar su pánico terror.

Entretanto uno de ellos, más atrevido que los otros, viendo al P. Muscati diciendo dos o tres palabras a sus compañeros, echó pie a tierra, avanzó hacia el Padre y le ofreció algunos regalillos de su isla. Consistían en algunos pedacitos de coral, del cual hacen los isleños brazaletes y una especie de pasta amarilla o encarnada, con que se pintan sus cuerpos. Abrazóle tiernamente el Padre y recibió con gusto su regalo. Disipóse todo susto con esta muestra de amistad y sucedió la confianza al temor. Los que se habían quedado en el barco, seguros de un tratamiento más humano de lo que habían esperado, no hicieron dificultad de pasar a tierra y se les dió de comer abundantemente y recobrase de las fagigas que habían padecido. Les hizo el Padre dar vestidos, para que pareciesen con más decencia y les convidó a pasar algunos días en Inarahán, hasta que recibiesen noticias del Gobernador general de las islas Marianas, a quien había participado la llegada de los nuevos huéspedes.

El día 21 aportó una nueva barca extranjera, semejante a las

marianas a la punta de Orote, que está al poniente de la isla de Guán. Traía solamente cuatro hombres, una mujer y un niño. Fueron vestidos y conducidos a Umatag, donde se hallaba por entonces el Gobernador general, D. Luis Sánchez, para que fuesen confrontados con los otros isleños. Fué inexplicable su gozo luego que se vieron y se dieron repetidos abrazos... Estaban muy faltos de fuerzas y sus manos desolladas a puro remar. Uno de ellos más joven que los otros y de una complexión muy fuerte en apariencia, no sobrevivió mucho a las fatigas. Fué instruido, tanto como se pudo, en los principales misterios de la fe y bautizado en el artículo de la muerte... D. Luis Sánchez hizo conducir el día 28 de Junio a los isleños a Agaña, capital de las Marianas y residencia fija de los Gobernadores. No podían los pobres restablecerse de las pasadas fatigas y se hallaban sin fuerzas. Los puso en cura el H. Chávarri, nuestro boticario, y tuvo el deseado efecto. Es hombre de habilidad y experiencia, pero ceden ambas a su grande caridad.

Nos aplicamos luego a instruirlos en los misterios de la fe. El empeño era arduo, porque no sabíamos su lengua y ni teníamos intérprete. Sin embargo, como estaban algunos de ellos hospedados en nuestra casa, con la mucha frecuencia de visitarlos y de preguntarles por señas los nombres de las cosas, logré en menos de dos meses conocimiento bastante para traducir en su lengua la señal de la cruz, el Padrenuestro, el Credo, los Mandamientos de Dios y un resumen de la doctrina cristiana. Lo aprendieron de memoria y lo repetían en mi presencia a sus paisanos. Con el tiempo pude hacerles algunas pláticas y luego les hacía algún agasajo dándoles de comer. Con este corto aliciente venían de mejor gana a la iglesia. El día mismo del Príncipe de los Apóstoles vino a mí un virtuoso español, trayéndome en los brazos un niño carolino como de cuatro años y muy enfermo, para que le bautizase. Lo mismo fué bautizarle que empezar a estar bueno y en pocos días se halló en perfecta salud. Era un embeleso la criatura, cuando llegó a tener algunos años más, porque aprendía con facilidad el catecismo y su genio docil se revestía de la urbanidad y modales políticos de Europa.

Administré el bautismo a otros cuatro niños el día de San Miguel con grande solemnidad y concurso del pueblo. Habían sus padres dado su consentimiento y convenido que si volvían a su patria, los dejarían en Agaña, fiados a nuestro cuidado, si no po-

díamos acompañarlos en su vuelta. Tomamos estas precauciones para prevenir el riesgo que por su tierna edad tenían de recaer en su infidelidad, si se iban con sus padres, que no eran todavía cristianos. Convencidos al fin los carolinos adultos de la necesidad del bautismo para entrar en el cielo y no caer en el infierno, me pidieron repetidas veces que los hiciese cristianos. Como no perdían de vista su patria, adonde pretendían volver sin dilación y era casi imposible que sin pastores perseverasen en la fe en un país infiel, no fuimos de parecer que se les confiriese el bautismo. Había ya cuatro meses que estaban en Guán. Habían recogido cuantos clavos, hachas y otras herramientas habían hallado, pareciéndoles que eran de inestimable precio. La codicia de llavar tan gran tesoro a su tierra, y el deseo de ver a sus mujeres, hijos y conocidos, aumentaba su impaciencia natural y les hacía solicitar su partida con las más vivas instancias» (1). Tal era el carácter y disposición de aquellos indios carolinos, según los describe el P. Cantova.

Unos cinco meses permanecieron en Guán, y por fin, obsequiados por el Gobernador y por los jesuitas, se volvieron a su país. Hubiera deseado el P. Cantova acompañarles, pero el Padre Viceprovincial opinó que no era prudente por entonces emprender este viaje, y que sería menester mayores aprestos para entablar una misión tan arriesgada con gente casi del todo desconocida. Entretanto, ya que no pudo hacer otra cosa, tomó el P. Cantova todos los informes sobre las islas Carolinas, sobre su posición en el Océano y sobre las costumbres y condición de sus habitantes. En esta misma carta al P. Daubenton apunta las noticias que ha podido adquirir sobre las islas Palaos y Carolinas.

4. No sin pena vió partir a los carolinos el P. Cantova a fines de 1721. Quedándose en Guán, discurría sobre el modo de disponer aquella empresa, cuando al año siguiente, 1722, desembarcaron de nuevo allí mismo algunos indios palaos que se habían extraviado por aquellos mares. Entonces no dudaron los jesuitas de acometer la conquista espiritual de aquellas islas. Como decía después el P. Pedro de la Hera, Provincial de Filipinas, este suceso de llegar a las Marianas todos los años una o dos embarcaciones de indios carolinos desgaritados, parecía lla-

(1) *Cartas adificantes y curiosas*, t. XI, p. 192.

mar a los jesuitas en su socorro y en cierto modo increparles de cobardes en no acometer tal empresa (1). Convinieron, pues, los Padres de las Marianas en que se embarcase el P. Cantova con aquellos palaos y probase fortuna en la reducción de aquellas islas. El Gobernador de Marianas aprontó una embarcación y suministró los hombres necesarios para lograr la empresa. Salió el P. Cantova con aquellos indios palaos, pero hubo de padecer la dura modificación de no llegar al término de su viaje. El capitán y el piloto de la embarcación no querían empeñarse en aventuras peligrosas, y después de andar vagando inútilmente por aquellos mares, determinaron encaminarse a Manila, pretextando los vientos y las corrientes que les impedían hacer otra cosa (2).

Desembarcó tristemente en Manila el P. Cantova, y durante seis años no sabemos cuál fué su ocupación en Filipinas. El año 1728 el P. Provincial, Pedro de la Hera, deseando tomar con seriedad esta misión de las Carolinas, dirigió al Gobernador del Archipiélago una grave *Petición*, que puede verse original en el Archivo de Indias. Recordando las órdenes del Rey, los esfuerzos que ha hecho la Compañía para predicar el Evangelio en aquellas islas desconocidas y observando el hecho de que tantas veces llegan indios carolinos a las Marianas y despiertan en nuestros Padres un deseo vehemente de predicarles la fe, ruega a Su Señoría que se tome con seriedad esta empresa y que se provea de los medios temporales necesarios a los Padres misioneros que piden esta expedición. Propone que se construya en Cavite un barco bien proporcionado y que se lleve en cuarteles a las Marianas en el patache que suele ir a estas islas. Allí podrán armar el barco y proveyéndole de los bastimentos convenientes transportar los jesuitas a las islas Carolinas.

El Gobernador del Archipiélago reunió una junta de personas inteligentes el 7 de Diciembre de 1728. Concurrieron a ella el Padre Pedro de la Hera y el P. Cantova. Este, que era el único práctico en aquellos mares, propuso que se empezase la conversión de los carolinos y palaos por la isla Carolina, que está al Sudeste de la isla de Guán y dista de ella como unas 20 leguas. El mismo

(1) *Petición* citada más arriba.

(2) *Philippinarum litterae annuae*, 1725. También refiere este viaje de P. Cantova la *Petición* citada del P. Provincial.

la vió con un antejo de larga vista desde un cerro alto de Guán. Esta isla Carolina, como más inmediata, servirá de escala para pasar a las demás. Un cacique de esta isla con su mujer y otras 27 personas estuvieron en Guán, donde fueron agasajados por los jesuitas y se hicieron sus amigos. Algunos de estos indios se quedaron en las Marianas y se bautizaron; de modo que podrán servir de intérpretes con sus paisanos. Los carolinos han mostrado genio apacible y humano. En cambio se ha sabido que los palaos son bárbaros y crueles y comen carne humana. No será necesario llevar escolta de soldados. Bastará mandar al Gobernador de Marianas, que suministre 14 hombres pampangos, marianos o mestizos que sepan manejar las armas de fuego. Estos se dividirán en dos cuadrillas, una para guardar la embarcación y otra para acompañar a los Padres. Además convendrá que se envíen desde las Marianas algunos soldados y carpinteros, para que ayuden a los Padres a levantar la primera iglesia y casa que se construya. Toda la junta aprobó sin dificultad los prudentes planes del P. Cantova (1).

En todo el año 1729 se preparó el barco que había pedido nuestro Provincial, y por fin el año 1730 partió el P. Cantova a las islas Marianas (2). Allí se detuvo algunos meses aderezando el barco que le había de conducir a la misión, buscando los hombres que le habían de acompañar y previniendo los bastimentos y las herramientas que indudablemente harían falta en aquellas islas, donde no había puesto los pies ninguno hombre europeo. Por fin en Febrero de 1731 se embarcó para las Carolinas, llevando por compañero de fatigas al P. Víctor Walter, que misionaba desde algún tiempo atrás en las Marianas. Lo que luego sucedió nos lo refiere clarísimamente el mismo P. Cantova en una carta que ya ha visto la luz pública y de la cual vamos a trasladar los párrafos principales. Dice así:

5. «El día 11 de Febrero de este año 1731 nos dimos a la vela en Marianas el P. Víctor Walter y yo con 12 soldados y ocho grumetes, y el día 2 de Marzo llegamos a tomar puerto en estas islas que apellidamos de Los Dolores, por haberlas descubierto

(1) Archivo de Indias, 69-2-2. «Testimonio legalizado de los autos fechos a pedimento del P. Pedro de la Hera, de la Compañía de Jesús, sobre el descubrimiento de las islas Palaos».

(2) *Ibid.* El Gobernador Fernando Valdés Tamón al Rey. Manila, 15 Julio 1731.

en día de viernes y segundo día de la novena que hacíamos a Nuestra Señora de los Dolores. Saltamos en tierra en la isla Mogmog, morada del Tamol o Señor de estas islas, pero por ser esta tan pequeña que apenas tendrá una legua de bogeo, y que no tiene lugar para sementeras y mucha falta de agua para beber, me determiné de pasar a tomar asiento en esta isla de Falalep, que es la mayor de todas estas isletas, aunque tendrá de bogeo apenas dos leguas. Aquí tenemos bastante lugar para sementeras, pero hay tal plaga de ratones que nos comen el maíz sembrado y resembrado, que nos dejan en duda de poder lograr este año ninguna cosecha, hasta que se vayan consumiendo con las ratoneras, con una de las cuales, hecha a modo de un pequeño corral de pescado, cogimos la otra noche 55 ratones en término de tres horas, y así se van cogiendo muchos todos los días. Demoran en estas islas que son 36 al Sudoeste de las Marianas, en distancia de unas 80 leguas. Todas son pequeñas y sólo ocho pobladas, como demuestra el mapa adjunto, en el cual las islas que son pobladas tienen la letra P. Estoy en el cuidado de juntar toda la gente en una o dos islas, pero no puede ser luego y es menester ir con pies de plomo.

Así estas islas como otras muchas de este Archipiélago están sujetas al Rey de Yam, isla grande y muy poblada, que demora al Oesudoeste de estas istas en distancia de unas 50 leguas. Estando ya las cosas de esta nueva cristiandad algo asentadas, dejaré aquí al P. Víctor y yo me pasaré a Yap, y si vinieren otros Padres, aunque fueran una docena, no serán de sobra según la multitud de islas que hay, pequeñas y grandes, en las cuales se puede formar una muy dilatada cristiandad. La casa que por ahora tenemos es un camarín, que según las costumbres de estas islas, sirve de posada a los huéspedes. Las caídas del techo son tan bajas, que se levantan del suelo apenas tres palmos. Toda la cerca está llena de puertas, pero tan bajas, que para entrar y salir es menester ir a gatas. Y nos costó trabajo el componer una puerta para poder entrar y salir parados, [de pie], y fué poco el provecho, porque las llaves del camarín que mantienen todo el edificio, están altas del suelo unos seis palmos y a cada rato es fuerza ir bajando la cabeza, so pena de dar cabezadas en estos travesaños. Ni tenemos esperanza de conseguir casa mejor en estas isletas a lo menos por algunos años, por la suma falta de palos, pues no hay sino cicales y otros pocos arbolitos de poco o